

El pan de los presos ¹

SEÑORES:

Los maestros de la Sociedad de Instrucción y Recreo, animados por un sentimiento de simpatía hacia vosotros y en el deseo de proporcionaros un rato de solaz, han acertado en todos los preparativos de esta hermosa fiesta, menos en elegir la persona que debía ofrecerla. Se ha discernido encargo tan simpático al menos a propósito para cumplirlo convenientemente, de seguro, en la confianza de que la intención de este agasajo, por clara y por sencilla, no necesita hábiles declamadores que la expliquen o encazcan. Tal vez pensaron mis buenos amigos, los maestros, que cuando un pensamiento común reúne las inteligencias y un mismo anhelo posee los corazones puede comisionarse a cualquiera, aun al menos apto, para expresar lo que todos están pensando y sintiendo, lo mismo que la atmósfera cargada de electricidad, deja caer en el parpadeo de los relámpagos el dardo de oro de la tormenta no importa dónde, ya sea en la aguja gótica de un gracioso campanario o en el rústico techo de un cortijo.

Quizá hayan recordado que fué un chiquillo anónimo quien en la Catedral de Milán puso a todos de acuerdo y en paz, designando al individuo que debía ocupar la suprema sede episcopal, cuando después de las más terribles disputas y de los más fieros enojos del pueblo, pareció flotar sobre las cabezas de la multitud una brisa de concordia que iba susurrando en todos los oídos el mismo nombre conciliador: San Ambrosio, autor de los más hermosos himnos católicos y de la más admirable conversión de los tiempos. Me parece, señores, que aquí se trata de algo menos que de elegir a un obispo, y sólo asistido de esta con-

soladora reflexión, me resuelvo a hablar yo, que soy quien me he sacado la rifa de esta tempestad de carifios.

No esperéis, sin embargo, un hermoso discurso, pues de los trastes de una modesta guitarra nunca he oído decir que se puedan sacar los registros selemnes y los sonos armoniosos y augustos de un órgano de catedral. Yo lo siento tanto como vosotros. Hubiera querido expresaros la cordialidad y el buen deseo que me traen aquí, y nunca como ahora echaré tan de menos las deficiencias de mi palabra, incapaz de traducir los sentimientos del ánimo con el vigor y la intensidad originales.

En esta hora de regocijo y esparcimiento, que a vosotros ha de parecer de sol, como las que aprovecháis ciertas mañanas en el patio de esta casa, será mi conversación la nube oscura que os oculte los primores y las dulzuras del cielo. Pero no os aflijáis, amigos míos, que mi discurso, como nube que es, pasará ligero, para dar paso a los lindos versos y más lindos encantos de una amable señorita y al obsequio delicioso de músicas y voces que os ofrecen un grupo de pequeños escolares, quienes a estas horas conocen—para gloria de sus padres y honra de Costa Rica,—todos los secretos del silabario.

Algo tengo que deciros que sea como la buena palabra con que es costumbre hacer un regalo. No será por cierto una disertación esplendida sobre la caridad, que no es de mi gusto ni del Evangelio tampoco, nombrarla siquiera cuando está uno cerca de su prójimo, pues ella, lo mismo que la inocencia, siempre se ignora cuando de verdad existe y no recorre jamás la senda de los corazones sin una venda en los ojos, como pintan al amor. Tampoco tendré la funesta ocurrencia de hacer en esta ocasión de solaz una plática moralizadora, pues pienso

¹ En la fiesta ofrecida por los maestros de esta ciudad a los presos.